

Aquí no hallarás gente corriente. No después de anochecer, y no en estas calles, bajo las marquesinas de las viejas naves industriales. Pero eso, claro está, ya lo sabes. De eso se trata. A ello se debe, evidentemente, que estés aquí. Del río llegan ráfagas de viento que agitan el aire polvoriento de los solares de los edificios recién demolidos. Cerca de los muelles, los vagabundos encienden sus hogueras en oxidados bidones de aceite. Puedes verles apiñados entre sí, arropados con cualquier variedad de abrigo o jersey viejo o combinación de ambos que hayan logrado obtener. Cerca de las fábricas hay camiones estacionados, algunos de ellos ocupados por hombres que fuman en la oscuridad a la espera de que bajen los homosexuales procedentes de los bares que hay más allá de Canal Street. Alargas la zancada, aunque no para huir del frío. Te gusta ese viento gélido. Doblas una esquina y notas su caricia brevemente, sintiendo cómo tus muslos muestran su

---

forma bajo el placentero contacto del tejido en tensión. En las parcelas vacías brillan los trozos de vidrio como si fueran de mica. Esta noche, el río despide cierto aroma a almizcle.

Ya en dirección Este, ves cuatro letras pintadas con aerosol sobre el costado de un edificio. Garabatos. ANGW. Pero, de algún modo, te resultan familiares, como si abrieran un agujero en el tiempo. Y de pronto lo ves a más de veinte años de distancia. El viaje a Salzburgo. Los primos, los juegos, el museo. Cuatro letras grabadas sobre una alabarda ceremonial. Y la explicación de tu padre: *Alles nach Gottes Willen*.

Desde entonces, las armas carecen de dios. Las armas han perdido su religión. Y los niños han crecido para descubrir que han recorrido curiosas distancias. Sientes que ya es inminente, falta pasar una esquina, alguien allí, y ese regateo mudo que nada tiene que ver con los bienes ni con los servicios; tan sólo lo que realmente sois, almas que viajan en la noche aceptando mutuamente vuestros términos. Una oscura euforia va tomando forma con cada paso que das.

*Todo según la voluntad de Dios.* Del Dios del Cuerpo. Del Dios del Pentalabios y la Seda. Del Dios del Nailon, el Perfume y la Sombra.

El joven conducía un automóvil de aspecto anodino por la zona norte del Hudson. Su acompañante, medio adormilado, ocupaba el asiento contiguo. Al torcer hacia el Oeste, en dirección al río, Del Bravo se anticipó

---

al espectáculo de una imagen concreta. Pilas de cajas de madera y de cartón. Un andamio de construcción erigido frente a un viejo edificio. Camiones y maquinaria pesada. Vagabundos alrededor de un fuego. La experiencia le indicaba que aquello era lo que vería.

No había esperado ver una mujer. Caminaba en dirección a ellos, con paso cómodo. Sus cabellos eran largos, de color rubio oscuro, y a medida que se reducían los veinte metros de distancia que la separaban de ellos le iba resultando posible apreciar lo atractiva que era. Llevaba abierto el abrigo negro, y bajo él podía distinguirse un vestido de color rojo brillante.

Ninguna profesional en su sano juicio osaría recorrer zonas desiertas. Sin duda, su aspecto llamaba la atención. Si era del oficio, no era de las que trabajan la calle. Un número sin registrar. Un rascacielos blanco en el barrio oeste de los Cincuenta. Para Del Bravo, que apretó el acelerador, constituía una discrepancia en el paisaje. Un espectáculo de agradecer, sin duda, pero también ligeramente inquietante: no encajaba con el panorama.

Cuando el automóvil la dejó atrás pudo verla a través del retrovisor, aproximándose a un solar en obras con su paso atractivo, vigoroso y sexy. Una profesional a tiempo completo, pensó. La radio emitió un graznido. Decidió rodear la manzana y alcanzarla de nuevo al final de la larga calle. Sin nada mejor que hacer, quería echarle un segundo vistazo.

—Despierta, Gannett.

—¿Qué pasa?

---

—Mantente alerta, G. G. Hay algo que quiero que veas.

—¿Dónde estamos?

—Espera a que haga una última maniobra.

—Creí que estaba soñando.

—¿Dónde demonios se ha metido? —dijo Del Bravo.

—Estaba soñando con peñascos. Grandes peñascos junto a la playa. Unas rocas enormes. Yo estaba allí y no estaba allí.

La calle estaba vacía. Del Bravo hacía avanzar el automóvil imperceptiblemente. Nadie a la vista. Apenas había tardado en rodear la manzana, y a la velocidad a la que caminaba la mujer debía haber llegado ya a aquella altura de la calle.

No había nadie cuidando del fuego. Había visto a unos cuantos individuos rodeando la hoguera encendida en el solar. Aún ardía. Nadie. Consideró aquello como una cuasi discrepancia.

Los faros iluminaron una acumulación de polvo de cierta consideración. Parecía proceder del segundo piso de un andamio de construcción erigido en mitad de la manzana. Una posible discrepancia. Nada de polvo dos minutos antes. Polvo ahora. El edificio debería estar desocupado. Los obreros, en su casa.

—Estabas allí pero no estabas allí.

—Eso sueño a veces —dijo Gannett.

—Quiero revisar este edificio.

—¿Para qué, Robby?

—Alcánzame la linterna.

---

Del Bravo avanzó a través de la estrecha callejuela que separaba el edificio despanzurrado de otro situado inmediatamente al este de él. Las ventanas de la parte trasera aparecían condenadas con tablones, al igual que las que daban a la calle. Regresó a la entrada del edificio y estudió el andamiaje con más detenimiento. Podía sentir el polvo en los ojos y los labios. Gannett le observaba desde el asiento delantero, sorbiendo levemente.

—No estarás pensando en trepar por ahí, ¿verdad? Porque odiaría tener que salir del coche para agarrarte la mano.

—Los dos sabemos que tus manos sólo son capaces de agarrar una cosa.

—¿Qué estás buscando, Robby? Dímelo, y a lo mejor consigo mostrar algún interés.

—Si consigo alcanzar esa riostra ya estoy arriba.

Del Bravo trepó por una serie de barras y vigas entrecruzadas hasta alcanzar el segundo piso, a unos cinco metros y medio de altura sobre el suelo. Había una ventana abierta, la misma que utilizaban los obreros para vaciar los escombros del edificio. Del Bravo iluminó el interior con su linterna. Pilas de tablones de tarima atados entre sí. Grandes trozos de escayola. Paredes ausentes. Tuberías desmanteladas. Pudo oír la voz de Gannett procedente de la calle.

—A ver si va a ceder el suelo.

El haz de la linterna la iluminó entre nubes de polvo de escayola en el mismo instante en que atravesaba la ventana. Extrajo un 38 de cañón corto de la pistolera

---

que ocultaba bajo su chaqueta de cuadros y paseó el haz de luz por el suelo. Avanzó con lentitud, atento enseguida a posibles clavos, pero más inquieto en conjunto por el ambiente, las presencias, el campo de sensaciones sin nombre.

Yacía sobre la espalda, vívidamente discernible en la atmósfera grisácea, la cabeza ladeada hacia un costado. Aún manaba sangre de ella a media altura, bajo la caja torácica. Aquel polvo, la posición torcida de la cabeza, el estado de sus ropas, todo indicaba que se había producido un forcejeo. Un forcejeo breve, obviamente.

Del Bravo buscó algún arma cerca del cuerpo. El serrín y el polvo de escayola inundaban sus fosas nasales. Pudo oler también perfume y sudor, y advirtió que se le había corrido el rímel y que la espesa capa de maquillaje que cubría su rostro presentaba zonas resquebrajadas. Sin rastro del pulso. La sangre manaba. Regresó a la ventana.

—Avisa por radio, G. G.

—¿Qué tenemos?

—Un cuerpo. Es una mujer.

Recorrió toda la zona, sorteando objetos, con cuidado de no alterar la posición de las cosas. Enfundó el arma y se agachó junto al cuerpo de la mujer. Pudo oír a Gannett trepando por el andamiaje. Como resultado de los acontecimientos, el abrigo de la mujer había resbalado de uno de sus hombros, y el vestido de reluciente tela roja aparecía fruncido hacia el costado izquierdo de su cuerpo. El sujetador se había desenganchado del

---

lado opuesto, y pudo observar que su contenido estaba compuesto básicamente de relleno.

A gatas, dirigió la luz bajo la tela del sujetador, advirtiendo los oscuros tallos de cabellos recién afeitados. Sin tocar el cuerpo, paseó lentamente la linterna sobre las manos, el rostro, la frente, el cuello y las piernas.

Gannett entró por la ventana, jadeando y maldiciendo. Del Bravo le iluminó el camino, observando cómo su compañero se aproximaba semiagachado pese a los casi cinco metros de altura del techo. Se aculló junto a él.

—¿Qué tenemos?

—Lo que tenemos es o bien una dama con problemas de hormonas o... no te acerques demasiado.

—¿Qué opinas, Robby? ¿Arma blanca?

—Decididamente, opino que arma blanca.

—No parece un apuñalamiento múltiple. Sólo veo una herida.

—O bien un tipo con gustos peculiares en lo que se refiere a la ropa —dijo Del Bravo.

—Mira a ver si puedes iluminar el cuero cabelludo.

—No toques.

—Yo digo que es una herida aislada. Pero me sorprende ver tanta sangre.

—Técnicas avanzadas.

—¿A ti qué te parece, Robby?

—No me pagan para contar puñaladas.

—Odio estos casos tan sangrientos.

—Habrás visto muchos, ¿no es cierto?

---

—Por lo que yo sé, son las mujeres quienes suelen tirar de cuchillo. No recuerdo cuántas veces habré entrado en una casa para encontrarme con una mujer sentada en el sofá, con aspecto adormilado —ya me entiendes—, y el marido en el suelo de la cocina con más de ochenta puñaladas en el cuerpo. Y la mujer a punto de quedarse frita. A lo mejor es que se cansan. Tanto apuñalar les fatiga. No queda más que cubrirlos con una manta y apagar la radio.

—Creo que los oigo ahí fuera —dijo Del Bravo.

—No sé por qué será, pero yo me encuentro los cuerpos en la cocina. Siempre en la cocina.

—A los pobres les gusta estar cerca de la comida.

—En serio, ¿qué opinas de ésta? ¿Una herida?

—No les gusta separarse de la comida, ni siquiera en mitad de una pelea a navajazos.

—Si es sólo una herida han debido de tocar algún órgano vital.

—Probablemente. Sí, me apunto a esa teoría.

—Toda esta sangre... —dijo Gannett.

—Y real, además.

—¿Real?

—No la toques, G. G.

—Ya —dijo Gannett—. Una reina.

Aproximadamente media hora después, Del Bravo se soplaba las manos en la acera. Llevaba puesto el sombrero amarillo de fieltro duro que normalmente viajaba en el asiento trasero del automóvil. En las cercanías podían verse una ambulancia, dos automóviles camuflados y dos coches patrulla. Ir y venir de técnicos



---

de huellas y fotografías. Un vehículo de emergencia se detuvo y, segundos más tarde, un sargento de uniforme avistó a Del Bravo y se aproximó a él.

—Largo de aquí, amigo. Ha habido un crimen.

—¿Cómo?

—Esta zona ha quedado sellada.

Con un suspiro de paciencia, Del Bravo extrajo su placa y la prendió en su chaqueta.

—Estos días no hay quien se entere. Todo el mundo va disfrazado.

—Lo sé, sargento.

—Dime cómo diablos se supone que la gente va a distinguir a un policía de quien no lo es. Tanto disfraz. Los policías ya ni siquiera se reconocen entre sí. Drogadictos, chorizos, barbas, sombreros... Ves un ciego con un perro y en cualquier momento puede dar media vuelta y pegarte un tiro. Antes, uno se guiaba por la ropa. Pero eso ya no es posible.

—Uno se guía por los órganos sexuales —dijo Del Bravo.

Gannett se unió a ellos, exhalando vaho, los brazos cruzados sobre el pecho.

—No hemos visto la escalera —dijo.

—¿Qué dices? ¿Qué escalera?

—El sitio solía ser un restaurante. En el lado oeste del edificio hay una escalera exterior de servicio que conduce a la cocina. ¿No rodeaste el edificio por el Oeste?

—Rodeé el edificio por el Este —repuso Del Bravo.

—En cualquier caso, así es como subieron a la víc-

---

tima. Nosotros trepando por andamios, mientras que ellos la habían conducido escaleras arriba y a través de la puerta. Hay una puerta que da a la escalera, Robby. No estaba cerrada.

—Comprobé la parte trasera. Comprobé el lado este, la fachada y la parte trasera.

—Tres de cuatro —dijo el sargento.

Con los brazos aún cruzados, Gannett hundió ambas manos bajo las axilas.

—Qué no daría por estar en Florida en este momento.

—Vete a echar otra siesta. Igual sueñas con ello.

—Eso es. La playa.

—Sueña con rocas —dijo Del Bravo, volviéndose hacia el sargento.

—Playas con rocas.

El sargento aguardaba para oír más.

—Estoy allí y no estoy allí —añadió Gannett.